3 1761 09545253 8

LS
J866p

Jovellanos, Gaspar Melchor de
Pan, y toros.

LS
J866p

UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

LS
J866p

PAN, Y TOROS.

ORACION APOLÓGICA, QUE EN DEFENSA DEL ESTADO FLORECIENTE DE ESPAÑA EN EL REYNADO DE CARLOS IV,

DIXO

EN LA PLAZA DE TOROS DE MADRID,

D. G. M. de Jovellanos.

MADRID.

POR DON SANTIAGO FERNANDEZ,

AÑO DE 1812.

509534
20.7.50

INTRODUCCION.

El nombre de D. G. M. de Jovellanos, de quien es ésta obrita, forma su mayor elogio. Su autor hace brillar en ella sus nobles ideas política, y profundos conocimientos en todas materias, Ataca directamente al vicio, y critica los abusos introducidos por el fiero egoismo, y estùpida ignorancia que debilitan los Estados mas bien organizados; procurando al mismo tiempo desterrar la supersticion que desfigura la sana moral del Evangelio; sin cuya base no pueden ser felices los Pueblos, ni haber solidez y duracion en los Imperios.

INTRODUCCION.

Todas las naciones del mundo, siguiendo los pasos de la naturaleza, han sido en su niñez débiles, en su pubertad ignorantes, en su juventud guerreras, en su virilidad filósofas, en su vejez legistas, y en su decrepitud supersticiosas, y tiranas. Ninguna en sus principios ha evitado el ser presa de otra mas fuerte: ninguna ha dexado de aprender de los mismos bárbaros que la han invadido: ninguna se ha descuidado de tomar las armas en defensa de su libertad, quando ha llegado á poderla conocer: ninguna ha omitido el cultivo de las ciencias, apenas se ha visto libre: ninguna ha escapado de la manía de legisladora universal, si se ha considerado científica; y ninguna ha evitado la supersticion, luego que ha tenido muchas leyes. Estas verdades comprobadas por la historia de todos los siglos, y algunos libros que habian llegado á mis manos, sin duda escritos por los enemigos de nuestras glorias, me ha-

bian hecho creer que nuestra España estaba ya muy próxima á los horrores del sepulcro; pero mi venida á Madrid, sacándome felizmente de la equivocacion en que vivia, me ha hecho ver en ella el expectáculo mas asombroso que se há presentado en el universo; á saber: todos los periodos de la vida racional á un mismo tiempo en el mas alto grado de perfeccion.

Há ofrecido á mi vista una España niña y débil, sin poblacion, sin industria, sin riqueza, sin espíritu patriótico y aun sin gobierno conocido: unos campos yermos, y sin cultivo: unos hombres súcios y desaplicados: unos pueblos miserables, y sumergidos en sus ruinas: unos Ciudadanos meros inquilinos de su Ciudad; y una Constitucion, que mas bien puede llamarse un baturrillo confuso de todas las Constituciones.

Me há presentado una España muchacha sin instruccion, y sin conocimientos: un vulgo bestial: una nobleza que hace gala de la ignorancia: unas escuelas sin principios: unas universidades fieles depositarias de las preocupaciones de los siglos

bárbaros: unos maestros Doctores del siglo X; y unos premios destinados á los súbditos del Emperador Justiniano, y del Papa Gregorio IX.

Me ha ofrecido una España jóven, y al parecer llena de un espíritu marcial de fuego y fortaleza: un cuerpo de oficiales Generales para mandar todos los egércitos del mundo; y que si á proporcion tubiera soldados, pudiera conquistar todas las regiones del Universo: una multitud de regimientos, que aunque faltos de gente, están aguerridos en las fatigas militares de rizarse el cabello, blanquear con harina el uniforme, arreglar los pasos al compas de las contradanzas, gastar pólvora en salvas en las praderas, y servir á la opresion de sus mismos concuidadanos: una marina pertrechada de costosos navíos, que si no pueden salir del puerto por falta de marineros, á lo ménos pueden surtir al Oriente de grandes, y finísimas pieles de ratas de que abundan: unas fortificaciones, que hasta en los jardines de recreo horrorizan á los mismos patricios que las consideran como mausoleos de la libertad civil; y unas or-

questas bélicas capaces de afeminar á los mas rígidos Espartanos.

Me ha mostrado una España viril, sabia, religiosa, y profesora de todas las ciencias. La Ciudad Metrópoli tiene mas Templos que casas, mas sacerdotes que seglares, y mas Aras que cocinas: hasta en los sucios portales, hasta en las infames tabernas se ven retablitos de papel, pepitorias de cera, pilitas de agua bendita, y lámparas religiosas. No se dá paso que no se encuentre una Cofradia, una procesion ó rosario cantado: por todas partes resuenan los chillidos de los capones, los rebuznos de los sochantres, y la algaravia sagrada de los músicos entreteniendo las almas devotas con villancicos, gozos y arietas de una composicion tan seria, y unos conceptos tan elevados, que sin entenderlos nadie hacen reir á todos: hasta los mas recónditos y venerables misterios de la religion se cantan por los ciegos á las puertas de los bodegones al agradable y magestuoso compas de la guitarra: no hay esquinazo que no se empapele con noticias de novenarios, ni en que dejen de venderse relaciones de

milagros tan creibles como las trasformaciones de Ovidio. Las ciencias sagradas, aquellas divinas ciencias, cuyo cultivo hizo sudar á los padres de la Iglesia, se han hecho tan familiares, que apenas hay Ordenadillo desbaratado que no se encarame á enseñarlas desde la catedra del Espíritu Santo. El delicadísimo ministerio de la predicacion, que por particular privilegio se permitió á un Pantero, á un Clemente Alexandrino, á un Orígenes, hoy es permitido á un invicto epíscopo, á cualquiera fraylezuelo que lo toma por oficio mercenario.

Las escrituras santas, los incorruptibles cimientos de la religion, son manoseadas por simples gramáticos, que cada dia nos las dan en castellano de una manera tan nueva que no las conoce la madre que las parió. Las lenguas estrangeras se aprenden quando se ignora la lengua patria, y por los libros franceses se traducen los escritos de los Hebreos. La filosofia se ha simplificado con las artificiosas abstracciones de Aristóteles, y descargándola de la pesada observacion de la naturaleza, se la ha hecho esclava del *ergo*, y del sofisma.

La moral que fué la formadora de los Platones, los Sócrates, los Demóstenes, los Cicerones, los Plutarcos, y los Sénecas, solo sirve entre nosotros á tinturar levemente á los que dejando de ser filósofos se han de meter á Procesistas, y llegan á Legisladores. El derecho natural; se reputa por inútil, y aun nocivo: el derecho patrio se estudia por la legislacion de una nacion que ya no existe: la Poesía es despreciada como una expresion de locura; y la oratoria como pasatiempo de la ociosidad. Nuestros predicadores, y nuestros Abogados han descubierto el inestimable tesoro de ser letrados, sin cultivar las letras, y vender caras las mas insulsas arengas, y pajosos informes: las obras con que cada dia nos enriquezen estos sábios sin duda nos harán notables en los siglos venideros.

Sus sermonarios, y sus papeles en derecho servirán de emboltorio de pimienta, y especias, y no dejarán de ser útiles á los cartoncistas y boticarios.

El venerable nombre de teólogo apénas se conocia en la antigüedad, hasta que las largas vigilias, continuadas tareas, y pro-

fundas meditaciones habian blanqueado el cabello, y arrugado el rostro; pero en el dia se logra, aun sin apuntar la barba, y aun sin mas trabajo que arrastrar bayetas seis ó siete años en una Universidad, y haber egercitado el pulmon en disputas pueriles, sobre vagatelas despreciables.

Un Jurisperito creia Atenas que no se formaba sin el socorro de todas las ciencias, sin el perfecto conocimiento del corazon humano, y sin la observancia infatigable de la ley eterna; y un Jurisperito lo vé España formado con unos miserables principios de Lógica, con un superficial estudio del Vinio, y con unos quantos años de instruccion en los errores forenses, y en las iniquidades de los pleytos.

En la medicina no tenemos que embidiar á ninguno: tenemos quien nos sangre, nos purgue, y nos mate tan perfectamente como los mejores verdugos del Universo. La riqueza de nuestros Boticarios es una prueba de la sabiduria de nuestros Médicos, y de su propension al arte jaropístico, y á la ciencia recetaria y curadera.

Las Matemáticas las estudiamos poco,

por que sirven para poco; y reduciendo á demostracion todas sus proposiciones, no dejan campo al entendimiento sublime para hacer lo blanco negro, y lo negro blanco, con la admirable fuerza de un argumento en *Dariis*, *Baralipton*, ó en *Frisesomorum*.

El Comercio que los Extrangeros ponderán, con razon, como canal de las riquezas de un estado, tiene sus principios; pero nosotros no necesitamos quebrarnos la cabeza en aprenderlos, pues les basta á nuestros mercaderes saber, que lo que vale quatro deben venderlo por seis, y prestar dinero sobre prenda pretoria al seis por ciento cada mes, y esto aun los mas religiosos, y justificados en el concepto de sus antagonistas.

La Física es ciencia que siempre ha traido visos de hechiceria y diablura; y aunque se han establecido algunos Laboratorios, todos los hombres de carrera dicen, que su estudio es niñería, y pasatiempo; y que nunca saldrá de entre los crisoles un tratado de *Decisionibus cursiis de Magistratibus*, ó cosa semejante para la felicidad del mundo.

Me ha mostrado una España vieja, y regañona, brotando leyes por todas las coyunturas: el cuerpo de un maldito derecho engendrado en el tiempo mas corrompido del Imperio romano, para servir á la Monarquía mas despótica, y llena de confusion que han conocido los siglos. El Código de Justiniano concluido de retales y caprichos de los Jurisconsultos, y la Compilacion de Graciano llena de Decretales falsas y Cánones apócrifos, sacaron á la luz nuestras Partidas, y abrieron las puertas á las mas ridículas cavilaciones de los Leguleyos. Nuestra recopilacion, nuestros autos acordados, nuestros modos de enjuiciar, todos toman de aquí su origen. La legislacion castellana reconoce por cuna el siglo mas ignorante y turbulento: siglo en que la espada, y la lanza eran la suprema Ley; y en que el hombre que no tenia pujanza para embasar tres ó quatro de una estocada, era tenido por infame, villano y casi bestia: siglo en que los Obispos mandaban exércitos, y en vez de ovejas educaban lobos y leopardos: siglo en que los silvidos del pastor estaban convertidos en

bramidos de tigre, y en que el chispazo de una excomunion encendia la voraz hoguera de una guerra civil y sanguinaria: siglo en que la moda del derecho feudal traía los vasallos de mano en mano como pelota, é iba introduciendo entre los hombres la variedad de castas que entre los caballos y perros: siglo en fin, que no se conocia mas derecho que la fuerza, ni mas autoridad que el poder. En ésta infeliz cuna se adormeció; y en los reynados mas calamitosos, y violentos, andúbo vacilando hasta que el gran Felipe II el Escurialense la sacó de entre pañales, y la puso andaderas de que jamas saldrá. Al gran Filipo debe nuestra legislacion la gala despótica de que se halla revestida: debe los fuertísimos valuartes de tantos consejos, donde muda mas formas que Proteo, sin peligro de que lo impida ninguno: debe tantos manantiales inagotables, que de dia en dia la han ido enriqueciendo con mas Jueces que Leyes, y mas Leyes que acciones humanas: debe el que los diversos ramos del gobierno y la justicia se dirijan por una sola mano como las mulas de co-

che: debe la fortísima falange de letrados que armados de sus plumas, y cubiertos de sus eternos pelucones, todo lo vencen, y todo lo atropellan: debe el que los delirios de un testador preocupado y avariento se veneren con una supersticiosa religion, y los fundamentos constitucionales de una sociedad se desprecien sin escrúpulo de conciencia: debe el que una nueva ley se forxó en un santiamen, y la observancia de una antigua cueste un pleito de un siglo: debe el extraordinario tiento de los tribunales, que ahorcan veinte ciudadanos en un dia, y discurren veinte años para quitar las mulas de un coche; y debe el que la eloqüencia forense se vea en la altura en que se vé, aunque en mas se viera si hubiera colocado los consejos en el pico de Tenerife. Al Gran Filipo es deudora nuestra economia política de su indefinible sistema, y de sus asombrosos reglamentos, que hasta ahora no ha entendido ninguno. La sapientísima Compilacion del Contador Ripia, y las acordadas del Consejo de Hacienda serán un entero monumento de nuestra ciencia

económica. ¿Donde hay sutileza mas singular que el discurso de aumentar los haberes reales, aumentando las contribuciones al Pueblo? ¿Que pensamiento mas feliz que el de los estancos, en donde con la sencilla opresion de comprar barato, y vender caro, impidiendo la concurrencia de vendedores, se gana todo aquello que se quiere? Si la codicia, ó necesidad no produgese todos los dias contrabandistas, ¿que interés no dejaria el tabaco, que pudiera muy bien venderse á onza de oro? ¿Porqué no pudiera tambien estancarse el vino, el aceyte, el agua, y aun el alimento de los Ciudadanos? La alcabala, y los millones son el fomento mas singular del comercio, y de la industria: no hay género que no aumente su precio, sino natural, á lo ménos real, y efectivo con estas gavelas: sin ellas los frutos valdrian un tercio mas baratos, y los sudores del labrador servirian á señalar su valor intrinseco: las manufacturas de las artes no lograrian un sobre precio que las saca de competencia con las extrangeras: y los artesanos no trabajarian cosa de provecho sino tu-

bieran el papelon de examen, ni lograrian la dicha de ser registrados en los libros de sus gremios: sin ellas carecería el reyno de una multitud asombrosa de Consejeros, Administradores, é Interventores: sin ellas no vieran los hombres la milagrosa transformacion de un infiel hecho fiel con una media firma: sin ellas no tendrian la conveniencia de encontrar á cada paso una Aduana, y un registro: sin ellas no se conocerian las utilísimas tropas de la Real Hacienda, que componen un numeroso egército de holgazanes, y chismosos: ni se premiaria como virtud la traicion ó el espionage. Hasta los nombres de nuestras rentas dan á entender la bondad esencial y buena fé que las caracteriza. El nombre de sisa ¿que quiere decir, sino la justísima opresion de rapiñar á los comerciantes una azumbre por arroba, y para que no se conozca achicar los cuartillos? se quita, es cierto, pero se disimula y publica que no se quita: contradiciones que solo ha conseguido conciliar nuestro talento económico. Esto es el todo de nuestra legislacion, pero.... ¿y las partes? aun son mas ad-

mirables, y pasmosas. Cada Aldea tiene su Código municipal, sus contribuciones municipales, y sus estatutos, que son la basa de la felicidad pública. Es un deleyte ir muy descuydado por un camino, y salir al encuentro un guarda á cobrar el piso del suelo que va causando al viajante mil incomodidades: llegar calado de agua y frio á una posada, y tener que ir á buscar la comida á los estancos del vino, del aceyte, de la carne, de la sal, y de las demás cosas necesarias á la vida: poner la caballería al pesebre, y sobre el pago de la paja tener que pagar el derecho del cuerpo que se ató: ajustar una fanega de cebada, y acudir al corredor para que la mida: comprar un pellejo de vino, y pagar una guia, ó testimonio para poderlo sacar del Pueblo: no saber ninguno si dormirá en su cama ó en la cárcel, por que el Señor Alcalde puede hacerle pasar allí una mala noche sin causa, y en fin otras mil cosas á este modo.

Me há mostrado una España decrépita y supersticiosa, que pretende encadenar hasta las almas, y los entendimientos. La

ignorancia ha engendrado siempre la supersticion, así como la soberbia la incredulidad. Entre nosotros ha estado por muchos siglos en un miserable abandono el estudio de las Santas Escrituras, que son las fuentes y el cimiento de nuestra creencia. Las antigüedades eclesiásticas, han yacido bajo la lápida de los Decretales, y de los abusos furtivamente introducidos: las decisiones de la Curia, y las oposiciones particulares han corrido parejas con las verdades docmáticas, é incontrovertibles.

En cuanto toca á la Iglesia se ha tenido por incompetente al tribunal de la razon, y se ha tratado de herético todo aquello que no se acomoda con las máximas de Roma. La demasiada libertad en escribir de los estrangeros ha hecho que nosotros hayamos sido en leer esclavos. El culpadísimo desprecio con que han tratado los Protestantes la disciplina dogmática de la Iglesia, nos ha determinado á venerar los mas perjudiciales abusos de los siglos barbaros. El rebaño de los fieles ha sido apacentado por rabadanes introducidos sin au-

toridad de los Pastores que el Espíritu Santo puso para regírle, y la sal de la doctrina, y de la caridad se ha repartido al Pueblo Católico por coadjutores de los Párrocos, á quienes toca el saber lo que se ha de dar á cada uno. Millares de Obispos ha visto España, que muy cargados de Decretales, y fórmulas forenses, jamás han cumplido el objeto de su mision, que no fué otro, que predicar el Evangelio á todo el mundo, dirijiendo á los hombres por la via de la paz, y no por la de los pleytos. Las Santas Escrituras, pan cuotidiano de las almas fieles, se ha negado al Pueblo, como veneno mortifero, substituyendo en su lugar meditaciones pueriles, é historias fabulosas. El influxo fraylesco ha hecho pasar por verdades reveladas, los sueños, y delirios de algunas simples mugeres, y mentecatos hombres, desfigurando el eterno edificio del Evangelio, como arrimadizos temporales, y corruptibles. La moral cristiana se ha presentado de mil aspectos, y siendo uno el camino del Cielo, ya nos lo han pintado llano, ya dificil, y ya inaccesible.

La sencillez de la palabra de Dios se ha

obscurecido con los artificiosos comentarios de los hombres: aquello que el Señor dixo para que todos lo entendiesen se ha creido que apenas uno, ú otro doctor lo puede entender, y dando tormento á las expresiones mas claras, se las ha hecho servir hasta erigir sobre ellas el ídolo de la tirania: millones de santurrones apócrifos han llenado el mundo de patrañas ridículas, milagros increibles, y de visiones, que contradicen á la terrible magestad de nuestro gran Dios: en ellas vemos á Cristo alumbrando con un cándil para que eche una monja el pan al horno: tirando naranjitas á otra desde el sagrario: probando las ollas de una cocina; y jugando con un frayle hasta serle importuno. En ellas vemos un leguito reuniendo milagrosamente una botella quebrada, y un cuartillo de vino derramado, sin mas fin que consolar á un muchacho, á quien se le cayó al salir de la taberna: á otro convirtiendo unas cubas de agua en vino, para beber la comunidad; y á otro resucitando un pollinejo, que habia nacido muerto, por que no lo sintiese una hermana de la órden: en ellas vemos un hombre muerto de muchos años, conservar la

lengua viva, hasta confesar sus culpas: á otro tirarse de un balcon, y caer sin incomodidad á la calle por ir al rosario; y un voraz incendio apagarse de repente, sin mas que arrojar un escapulario de estameña: en ellas vemos á la Virgen Maria sacar su virginal pecho para dar leche á un monge: los ángeles en hábito de frayles cantar maytines, porque en el convento dormian; y los Santos mas humildes degollando á los que no eran afectos á su religion. Los pintores imbuidos de estas especiotas han representado en sus tablas estos títeres espirituales, y el pueblo idólatra les ha tributado una supersticiosa adoracion. La Iglesia ha trabajado de continuo en desterrar de los fieles la preocupacion de virtud particular de las imágenes, y los eclesiásticos no han cesado de establecerlas. Una imágen de Cristo ó de la Virgen se vé en un rincon descuidada, sucia, y sin culto, al paso que otras se ostentan en costosos retablos, y no se muestran sino con muchas ceremonias, y gran sumptuosidad. La virgen de Atocha, la de la Almudena, y la de la Soledad se compitén la primacia de milagrosas, y cada una tiene su

partido de devotas, que si no son idólatras no les falta un dedo para serlo. La religion la vemos reducida á meras exterioridades, y muy pagados de nuestras cofradias, apenas tenemos idea de la caridad fraterna; tenemos por defecto el no concurrir con limosna á una obra de piedad, y no escrupulizamos de retener lo que no es suyo á nuestros acreedores: confesamos todos los meses, y permanecemos en los vicios toda nuestra vida. Somos cristianos en el nombre, y peores que gentiles en nuestras costumbres; en fin tememos mas el obscuro calabozo de la Inquisicion, que el tremendo juicio de Jesucristo. . . .

¿Pero que es esto? ¿como mi oficio de panegirista lo he convertido en censor rígido? ¿y cuando me he propuesto defender á mi Patria, la culpo de unos defectos tan abominables? No, Pueblo mio: no es mi fin el ponerte colorado, sino el demostrar que nuestra España es aun mismo tiempo niña, muchacha, jóven, vieja, y decrépita, teniendo las propiedades de cada uno de estos periodos de la vida civil: conozco tu mérito, y en éste augusto anfiteatro, donde solo cele-

bra sus asambleas el pueblo Español, estoy viendo tu buen gusto y tu delicadeza. *Las fiestas de toros*, son los eslabones de nuestra sociedad, el pábulo de nuestro amor pátrio, y los talleres de nuestras costumbres políticas.

Estas fiestas que nos caracterizan, y nos hacen singulares entre todas las naciones de la tierra, abrazan quantos objetos agradables é instructivos se pueden desear: templan nuestra codicia fogosa: ilustran nuestros entendimientos delicados: dulcifican nuestra inclinacion á la humanidad: divierten nuestra aplicacion laboriosa, y nos preparan á las acciones generosas, y magnificas: todas las ciencias, todas las artes concurren á porfia á perfeccionarlas, y ellas á porfia perfeccionan las artes y las ciencias: ellas proporcionan hasta el bajo pueblo la diversion, y holganza, que es un bien; y le impiden el trabajo, y la tarea, que es un mal: ellas fomentan los hospitales, monumentos que llenan de honor á las naciones modernas, surtiéndolas, no solo de caudales para curar los enfermos, sino tambien de enfermos para emplear los caudales, que son los dos medios indispensables de su subsistencia: ellas mor-

tifican los cuerpos con la fatiga, y sufrimiento de la incomodidad, y endurecen los ánimos con las escenas mas trágicas, y terribles. Si los cultos Griegos inventaron la tragedia para purgar el ánimo de las abatidas pasiones del terror, y miedo, acostumbrando á los ciudadanos á ver, y oir cosas espantosas: los cultos Españoles han inventado las fiestas de toros en que se ven de hecho aun mas terribles que allí se representaban en fingido.

¿Quien acostumbrado á sangre fria á ver á un hombre volando entre las hastas de un toro, abierto en canal de una cornada, derramando las tripas, y regando la plaza con su sangre: un caballo, que herido precipita el ginete que lo monta, hecha el mondongo, y lucha con las ansias de la muerte: una quadrilla de toreros despavoridos huyendo de una fiera agarrochada: una tumultuosa griteria de inumerable gente mezclada con los roncos silvidos, y sonido de los instrumentos bélicos, que aumentan la confuncion y espanto: quien, (digo) quien se conmovería despues de esto al presenciar un desafio, ó una batalla? ¿quien, admirando la subordinacion de

un pueblo inmenso, á quien (en la ocasion que se le concede mas libertad) se le presenta el verdugo que le amenaza con los azotes de la esclavitud, podrá estrañar despues la opresion del ciudadano? ¿quien podrá dudar de la sabiduria del gobierno, que para apagar en la plebe todo espíritu de sedicion, la reune en el lugar mas apto para todo desorden? ¿quien dexará de concebir ideas sublimes de nuestros Nobles, afanados en proporcionar estos bárbaros espectáculos, honrar á los toreros, premiar la desesperacion, y la locura, y proteger á porfia á los hombres mas soeces de la república? ¿quien no se inflamará al presenciar el valor atolondrado de un Romero, un Costillares, y un Pepe-Hillo, con otros héroes del matadero sevillano, que entrando en lid con un toro, lo pasa de una estocada, desde los cuernos á la cola? ¿quien no se deleitará con la concurrencia de un gentío innumerable, mezclados los dos sexôs con ningun recato, la tabernera con la grande: el barbero con el Duque: la ramera con la matrona; y el seglar con el Sacerdote: donde se presenta el luxo, la disolucion, la desverguenza, el libertinage,

el atrevimiento, la estupidez, la truaneria, y en fin, todos los vicios que oprobian la humanidad, y la racionalidad, como el solio de su poder?: donde el lascivo petimetre hace fuego á la incauta doncella con gestos indecentes y expresiones mal sonantes: donde el vil casado permite á su esposa el deshonroso lado del cortejo; donde el crudo majo hace alarde de la insolencia: donde el sucio chispero profiere palabras mas indecentes que él mismo; donde la desgarrada manola hace gala de la imprudencia: donde la continua griteria aturde la cabeza mas bien organizada: donde la apretura, los empujones, el calor, el polvo, y el asiento incomodan hasta sofoçar; y donde se esparcen por el infestado viento las suaves aromas del tabaco, el vino, y los orines. ¿ Quien no conocerá los innumerables beneficios de estas fiestas? sin ellas, el sastre, el herrero, y el zapatero pasarian los lunes sugetos al ímprobo trabajo de sus talleres: las madres no tendrian el desahogo de abandonar sus casas, y sus hijas al descuido de qualquier mozuelo cortejante; y carecerian del mas bárbaro mercado de la honestidad: los médicos del semillero

mas fértil de las enfermedades: los casados del manantial de los disgustos, y el deshonor: las señoras de la proporcion de lucir su prodigalidad, y estupidez: los eclesiásticos de incentivo para gastar en favor de los pecadores el precio de los pecados: los contemplativos del compendio mas perfecto de las flaquezas humanas: los magistrados de medios de embotar, y adormecer toda idea de libertad civil: los labradores del consuelo de ver muertas unas bestias que vivas los traerian en continuo trabajo y servidumbre; y el reyno entero de las ventajas que les proporciona el estar las mas pingües dehesas ocupadas en la cria de un ganado que solo debe servir á la diversion y pasatiempo. En estas fiestas todos se instruyen: canta el teólogo las inagotables misericordias de nuestro Dios, y su insondable providencia, en ver á cada paso un milagro, y á cada suerte un rayo de su clemencia, en no dexar perecer en el peligro á quien ama el peligro: admira el politico la insensibilidad de un pueblo, que aqui mismo tratado como esclavo, jamás ha pensado en sacudir el yugo de la esclavitud, aun quando la inadvertencia del go-

bierno parece lo pone en estado de sacudirle: vé el legista la escuela de la corrupcion de las costumbres, madre de los pleytos, y de las rencillas que acaban las familias miserablemente: estudia el médico la progresiva irritacion de los humores, y el germen animado de las pulmonias, y tabardillos; presencia el cirujano repetidas disecciones de hombres vivos, terribles heridas, dolorosas fracciones, y universales magullamientos: observa el filósofo los mas raros fenómenos de la electricidad de las pasiones: vé el físico los efectos de la refraccion de la luz en la variedad de colores de los vestidos, y el undulario movimiento de los pañuelos: se instruye el músico en el tono y ditono de millares de voces, que llegan hasta el Cielo con las aclamaciones festivas, y los ayes lastimosos: hasta la supersticiosa beata ceba su pansioncilla de *requiem* al oir el Santo nombre con que el religiosísimo Pueblo ayuya á bien morir al torero que se vé entre las astas del toro: ¡oh fiestas magníficas! ¡oh fiestas útiles! ¡oh fiestas deleytables! ¡oh fiestas piadosas! ¡oh fiestas que sois el timbre mas completo de nuestra sabiduria!

Los extrangeros os abominan, por que no os conocen, mas los Españoles os aprecian porque solo ellos pueden conoceros.

Si el circo de Roma produjo tanta delicadeza en el Pueblo, que notaba si un gladiador herido caía con decoro, y exhalaba su espíritu con gestos agradables; el circo de Madrid hace el note si vuela decoroso sobre las astas, y si arroja con decoro las tripas: si Roma vivia contenta con *pan, y armas*, Madrid vive contento con *pan, y toros.* Los tétricos ingleses, los franceses voltarios pasan los dias y las noches entre el estudio ímprobo, y las peligrosas disputas de la política, y apenas despues de muchos meses de contrariedades acuerdan una ley; los festivos Españoles las pasan entre el agradable ocio, y las deliciosas funciones, y en un instante se hayan con mil leyes acordadas sin contrariedad de ninguno: aquellos han llegado á contraer un paladar tan melindroso, que se les hacen duras las natillas; estos se han acostumbrado á tragar sin sentir los abrojos: aquellos son como las abejas que se alborotan, y pican quando les quieren quitar la miel; estos como las obejas que su-

fridas aguantan que las trasquilen y maten: aquellos insaciables de riquezas y de prosperidad viven esclavos del comercio y de las artes; estos satisfechos con su pobreza, y escasez, se entregan libremente á la holganza, y á la inaccion; aquellos idolatras de su libertad tienen por pesado un solo eslavon de la servidumbre; estos arrastrando las cadenas de la esclavitud no conocen siquiera el ídolo de la libertad; aquellos escasean los premios hasta á la virtud; estos prodigan la recompensa hasta á el vicio: entre aquellos un Noble, un Héroe es rara produccion de la naturaleza; entre nosotros se crian como las cebollas, y los puerros la nobleza y la heroicidad. ¡Feliz España! ¡feliz patria mia! ¡que así consigues distinguirte de todas las naciones del mundo! ¡feliz tú, que cerrando las orejas á las cabilaciones de los filósofos, solo las abres á los sabios sofismas de tus doctrinas! ¡Felice tú, que contenta con tu estado no embidias el ageno, y acostumbrada á no gobernar á nadie, obedeces á todos! ¡felice tú, que sabes conocer la preciosidad de una corroida egecutoria, prefiriéndola al mérito, y á la virtud! ¡felice tú, que has

sabido descubrir, que la virtud, y el mérito estaba encolado á los hidalgos, y que es imposible de encontrar, en quien no haya tenido una abuela con *Don*! Sigue, sigue ésta ilustracion, y prosperidad, para ser como eres, el *non plus ultra* del fanatismo de los siglos. Desprecia como hasta aquí, las ablillas de los extrangeros embidiosos: abomina sus máximas turbulentas: condena sus opiniones libres: prohibe sus libros que no han pasado por la tabla santa; y duerme descansada al agradable arrullo de los silvidos con que se mofan de tí.

LS
J866p

Jovellanos, Gaspar Melchor de
Pan, y toros.

509534

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED